



CARTA AL PARTIDO SOCIALISTA

**CON MOTIVO DE LA CELEBRACION
DE SU CONGRESO
EN LA CUIDAD DE LA SERENA**

Queridos compañeros y compañeras:

Permítanme en esta ocasión, en que el Partido Socialista celebra un Congreso de trascendental importancia, cuya misión es fijar las grandes orientaciones doctrinarias que guiarán su acción durante los años venideros, plantearles algunas reflexiones respecto de los desafíos políticos que debemos encarar en el corto y mediano plazo.

Creo que es imposible desvincular esas reflexiones de lo que es nuestra visión de futuro del país, anclada en nuestros ideales más básicos, de sus posibilidades y del Chile que anhelamos. Es necesario, entonces, hacer referencia a ella.

Al borde del siglo XXI, Chile enfrenta un momento crucial de su historia.

Después de dejar atrás el largo período de la dictadura hoy avanzamos en el curso de la democracia, al mismo tiempo que crece la economía y se desarrollan políticas con un mayor sentido de equidad.

Después de un tiempo de profundas divisiones, la sociedad chilena comienza a construir y consolidar consensos básicos, al mismo tiempo que ha iniciado, por el camino de la verdad y la justicia, la larga marcha hacia la reconciliación nacional.

Después de apartarse de los valores y las prácticas compartidos por la comunidad internacional, el país se halla plenamente inserto en el conjunto de las naciones, habiendo superado el aislamiento político y cultural que le impuso la dictadura.

Sobre todo, Chile ha vuelto a encontrarse con las mejores vertientes de su propia historia y ha consolidado una nueva forma de hacer política y de gobernar. Conjuntamente con los restantes partidos de la Concertación, el Partido Socialista y el Partido por la Democracia han puesto en obra un gobierno con vocación nacional, basado en una amplia coalición de fuerzas políticas que representan a la gran mayoría del país, respetuoso de los derechos de las personas, con sentido de futuro, empeñado en desarrollar acciones eficaces, que no cede al populismo ni se satisface con sólo conservar lo existente.

La participación de las fuerzas progresistas de Chile en funciones decisivas de conducción del país, colaborando en el seno del primer Gobierno elegido democráticamente tras el rechazo a la prolongación de la dictadura, es el más claro testimonio que los diecisiete años de represión, marginación y exclusión no pudieron borrar de la conciencia nacional la presencia de nuestros ideales y la fuerza de nuestras convicciones.

Hemos asumido con responsabilidad y con eficacia el desafío de gobernar. A lo largo del país, hombres y mujeres de nuestras filas han servido con lealtad al país y al Gobierno del Presidente Aylwin, destacándose por su apoyo al programa compartido, por la claridad de su compromiso y por la eficacia de su actuación.

Cumplida la primera y crucial etapa de ingreso a la democracia, nos preparamos ahora para avanzar resueltamente hacia el futuro.

Por que hemos tenido éxito en resolver los problemas más acuciantes de la transición, es que ahora podemos comenzar a construir una agenda para el futuro. El rol del Partido Socialista ha sido fundamental para el éxito de la transición y del Gobierno del Presidente Aylwin. Ahora, con las credenciales de esos

éxitos a los cuales hemos contribuido, debemos también señalar, junto a los demás partidos de la Concertación, los temas fundamentales para el futuro. Nos ganamos el derecho, compañeros y compañeras, a construir el futuro porque fuimos fundamentales en la superación de la noche negra del pasado y en hacer posible la transición a la democracia.

En medio de un mundo que ha cambiado vertiginosamente, manteniendo la fidelidad a nuestros ideales que son el sustento de nuestra identidad histórica, hemos sido capaces de renovarnos, y tenemos hoy la capacidad de ofrecer al país y a la Concertación un conjunto de ideas y propuestas maduras, políticamente viables y con un claro sentido de progreso, económico, social y cultural.

Quizás como ningún otro sector de la sociedad chilena, nuestra actitud es plenamente de futuro. Hemos reflexionado críticamente sobre nuestra historia, hemos hecho el balance del dolor y la experiencia, y hemos aprendido a hacer efectivo, en democracia, nuestro compromiso con ideales de cambio impulsados con eficacia, gradualmente y buscando siempre el apoyo de amplios consensos.

Nuestro proyecto de nación, nuestra respuesta frente a las demandas de futuro, se basa en una idea fundamental: desarrollar nuestras propias capacidades como país para crecer, superar la pobreza y establecer niveles cada vez más altos de equidad.

El nuestro, por tanto, es un proyecto de país y no de minorías, ni centrado unilateralmente en una sola dimensión de la sociedad, sea el mercado o el Estado.

Estamos convencidos que en las actuales condiciones del mundo el desarrollo es, antes que todo, el resultado de las capacidades que el país logre crear y movilizar tras metas compartidas. Por el contrario, si sólo pusieramos en juego las capacidades que tenemos, sin expandirlas y fortalecerlas, junto con crear continuamente nuevas capacidades, entonces no podríamos avanzar con la rapidez necesaria ni lograríamos enfrentar con éxito los desafíos que la realidad nos plantea.

Por otra parte, si hicieramos como insisten en hacer los neoliberales que nada aprendieron de las experiencias ya superadas de Reagan y Thatcher en sus países, y nos propusieramos como objetivo principal dejar la sociedad librada al automatismo de los mercados, esperando que éstos hagan el milagro de convertir la pobreza en riqueza, entonces terminaríamos por aniquilar el tejido social, concentrando en unos pocos los recursos y capacidades, dejando a la gran mayoría entregada a su suerte.

Tampoco debemos magnificar unilateralmente la acción del Estado, suponiendo que éste debe comandar la economía, la sociedad y la cultura mediante disposiciones administrativas y burocráticas, ya que terminaríamos por ahogar la creatividad e iniciativa de la sociedad y sus miembros, que tan urgentemente necesitamos para desarrollar nuestras capacidades.

El sentido más original de nuestros ideales reside por eso en esa idea a la vez libertaria, democrática y de profundo sentido de igualdad que consiste en buscar, crear, impulsar, fortalecer y desarrollar nuestras capacidades como individuos y como sociedad para así poder profundizar la democracia, acelerar nuestro crecimiento, superar la pobreza y forjar esa sociedad anhelada donde **todos** puedan aspirar a realizar sus derechos y ejercer sus talentos.

En síntesis, ese ideal de una sociedad de mujeres y hombres libres e iguales, que es el sustrato último de nuestros sueños y esfuerzos, y el fondo más irreductible de nuestro compromiso de hacer del país un hogar para todos, erradicando de su seno la pobreza que todavía atenaza a tantos y creando un mundo de relaciones más fraternales a través de la lucha permanente contra la injusticia, la explotación y la alienación.

La fidelidad a ese ideal nos obliga hoy a decir con claridad lo que aspiramos para Chile.

Queremos progresar en nuestro sistema democrático, impulsando las reformas constitucionales esenciales y necesarias para que el poder civil legítimamente elegido prime sobre las instituciones militares; para que se respete plenamente la soberanía popular, eliminando los senadores designados; para que exista una efectiva separación de los poderes clásicos —Ejecutivo, Legislativo y Judicial—, sin

interferencias de fuerzas extrañas a ellos en sus deliberaciones; para que rija un sistema electoral justo; para que se delimiten claramente las competencias del Poder Judicial y para que su actividad no sea intervenida desde otras esferas.

Junto con los cambios institucionales, debemos ser capaces en el ámbito económico y social de generar un nuevo trato laboral, propiciar la reconversión de sectores productivos, poner énfasis en los aspectos educacionales indispensables para el desarrollo futuro y que son las vigas maestras permanentes en el combate a la pobreza y a la miseria de Chile. Mantendremos, por cierto, políticas asistenciales para remediar en el corto plazo la situación de los más desposeídos, pero tenemos que ser capaces de poner en obra políticas que ataquen en su raíz la pobreza, que es el resultado de la ignorancia y de la falta de oportunidades que padecen hoy nuestros jóvenes. Debemos ser capaces de identificar y ejecutar una política social que signifique la erradicación del temor a la cesantía, porque no hay seguro de desempleo; del temor a la enfermedad, porque no hay salud; del temor a la vejez, porque no hay una previsión digna. Salud y previsión son las tareas fundamentales para el próximo período, conjuntamente con el gran esfuerzo educativo que nos permita disponer de recursos humanos para estar en condiciones de competir en un mundo internacionalizado.

Entramos a un mundo sin fronteras económicas. Una gran parte de nuestra producción se exporta. Hoy tenemos una economía interdependiente. Ese será el próximo siglo. En ese mundo es indispensable una política internacional activa, de modo que nuestra voz como chilenos, si queremos ser escuchados, sea también la voz de nuestros hermanos latinoamericanos. Si no lo hacemos, nadie nos escuchará; si no lo hacemos, no nos será posible afectar las circunstancias internacionales mediante nuestra acción. En consecuencia, necesitamos una política exterior activa tal que toda América Latina hable por una sola voz.

Esas son nuestras tareas centrales: perfeccionar la democracia, avanzar en la solución de los problemas sociales para terminar definitivamente con la pobreza, llevar a cabo una política exterior al servicio del desarrollo de Chile.

Ciertamente, no queremos solamente soñar, o limitarnos a dar testimonio de nuestros ideales. Ello significaría restarnos al esfuerzo por cambiar las condiciones en que vivimos, precisamente ahora que el mundo ha entrado en una fase de enormes transformaciones que aproximan constantemente la realidad y su dinamismo a la posibilidad de construir ese mundo que buscamos.

Queremos proyectar la Concertación más allá de su primera y exitosa experiencia de gobierno. Precisamente por eso buscamos redefinir democráticamente sus bases para una nueva etapa, sin limitar ninguna de sus posibilidades y potencialidades, entendiendo que una de esas potencialidades reside justamente en el ejercicio de nuestro derecho a someter a la decisión democrática entre iguales la posibilidad de nuestro liderazgo.

La reivindicación de ese derecho es simplemente una expresión de la fidelidad a nuestros ideales.

Si abdicáramos de este derecho, en el fondo estaríamos renunciando a nuestras posibilidades y oportunidades de incidir en la evolución económica, social y política de Chile por un tiempo muy largo, privándonos de la capacidad de fecundar la realidad con la contribución específica que los valores y principios propios de nuestra cultura pueden hacer a ella.

Creo que es obvio para todos que la mayor o menor proximidad del desarrollo de nuestro país a nuestros ideales depende de la fuerza política que logremos construir e ir acumulando. En la medida en que el Partido Socialista y el Partido por la Democracia se fortalezcan y superen su actual fuerza y las debilidades que hoy los aquejan, tanto internamente como en términos de las relaciones recíprocas entre ellos, en esa misma medida podremos imprimir a la vida nacional rasgos más armónicos con el ideal libertario, democrático e igualitario que constituye nuestra identidad más profunda.

A la vez, ese fortalecimiento y construcción de fuerza política sólo se pueden lograr a través del ejercicio práctico de la legítima aspiración a asumir el liderazgo de la coalición. Concretamente, a través del ejercicio práctico del legítimo derecho a someter a la decisión democrática entre iguales nuestra pretensión de encabezar el próximo gobierno de la Concertación.

Renunciar a este derecho implicaría el estancamiento en la situación que hoy vivimos, y a partir de ese estancamiento es mi convicción que estamos inevitablemente condenados a una de las siguientes alternativas. O nos convertimos en un conjunto de fuerzas crecientemente más débiles, miembros minoritarios de una coalición de gobierno conducida por un partido predominante, coalición donde nuestra capacidad de influir será cada vez más exigua, o hacemos en algún momento la opción por transformarnos en fuerzas opositoras, desprovistas de la oportunidad de gobernar quizás por décadas, limitando nuestro papel al de actores testimoniales en una vida política nacional fundamentalmente dirigida y controlada por otros.

En cualquiera de los dos casos, nuestro comportamiento no sólo significaría una traición a los ideales por los cuales luchamos, sino que a la vez estaríamos obrando de manera antagónica con los intereses nacionales.

En efecto, como lo han demostrado estos ya casi tres años de gobierno democrático de la Concertación, nuestra participación en él en cuanto fuerzas políticas significativas ha sido una condición necesaria de su éxito y de la eficacia de las políticas puestas en ejecución, logros que a su vez han posibilitado avanzar en el proceso de consolidación de la democracia. Nuestro debilitamiento como miembros de la Concertación, o nuestra marginación de ella, anularía la contribución que necesariamente tenemos que hacer a la consolidación de la democracia y al avance económico y social del país en un sentido progresista.

Es por estas razones que hay que insistir en la necesidad de que nuestros partidos ejerzan ese legítimo derecho de someter a la decisión democrática entre iguales su pretensión de liderar la Concertación, encarnada en mi candidatura presidencial, que el Partido Socialista apoyó y propuso en su Pleno Nacional celebrado en Talca en Enero de 1992.

Debo subrayar que nuestra voluntad es fortalecer la Concertación. Vamos a ampliar su base de sustentación, vamos a enriquecer su ideario y programa, su plataforma de conducción y gestión. Y vamos a ofrecerle al país, a través de ella, la fuerza renovada que somos. Pero hay que tener claro que la Concertación, tal como la conocemos y con el sentido histórico que hoy posee, no es posible como una coalición hegemonizada por un partido dominante, en torno al cual gravitan varios partidos menores o satélites. Una alianza semejante no podría cumplir la función histórica que es el rasgo distintivo y esencial de la Concertación. La continuidad de la Concertación requiere, por consiguiente, del reconocimiento de nuestro derecho a existir en plenitud y de nuestra voluntad de ser fuerza política.

En este contexto de fortalecimiento de la Concertación, debemos ser capaces entonces de compatibilizar nuestra voluntad de proyectarla con la posibilidad cierta de que a partir de los sectores que nosotros representamos, más otras fuerzas políticas que la integran, emerja una propuesta de cambio y progreso para la sociedad chilena, manteniendo la continuidad con la esencia de los postulados del Gobierno del Presidente Aylwin. En razón de esa posibilidad, nuestros partidos deben dar espacio y cabida a otros sectores de la coalición gobernante, para que se incorporen en este nuevo caminar hacia el futuro de Chile.

Es en términos de esa clara voluntad concertacionista que no vislumbro con temor, ni revisto de características dramáticas, el empleo de la primera vuelta en la elección presidencial de 1993 como mecanismo democrático que permita decidir la persona del próximo Presidente de Chile, que gobernará sustentado en la Concertación a partir de 1994. Ciertamente, es un procedimiento cuya utilización es posible, si es que los partidos de la coalición no identifican otro más adecuado, que preserve el carácter del ejercicio democrático de un derecho fundamental entre iguales.

En armonía con esa misma voluntad concertacionista, creo que es primordial que los partidos de la

coalición logren prontamente un acuerdo que les permita enfrentar la elección parlamentaria de 1993 en una lista única.

Las fuerzas que apoyaron la dictadura construyeron con el actual sistema electoral binominal un recurso de poder que les permite distorsionar la soberanía popular, al igual que la figura de los senadores llamados de institucionales. Sería absurdo de parte nuestra otorgarles una ventaja adicional concurrendo a la elección en listas separadas, máxime si se considera que al ir en una sola lista la Concertación obtendrá, no sólo la mayoría requerida por quien sea su próximo Presidente, sino también el poder suficiente para llevar a cabo las reformas que el Presidente Aylwin no ha podido culminar con éxito en razón del obstruccionismo de la derecha.

Se equivocan entonces quienes interpretan nuestra reivindicación de la lista única parlamentaria como animada simplemente por un afán de defender nuestras opciones a ocupar cargos parlamentarios. La razón primordial de la lista única es garantizar al próximo Presidente las mayorías en el Congreso que el Presidente Aylwin no tuvo.

Enfrentar la elección parlamentaria unidos en una sola lista no es sólo una exigencia impuesta por la racionalidad. Constituirá también un homenaje al Presidente Aylwin.

Queridos compañeros y compañeras:

Enfrentamos en las próximas semanas y meses decisiones que, quiéramoslo o no, van a afectar el destino de nuestro mundo socialista y progresista por un tiempo muy largo.

Algunos dicen que este no es el tiempo para que nuestras ideas vuelvan a flamear a lo largo de la patria. Algunos dicen que con los muros que han caído en el mundo, la visión socialista tiene que esperar. No comparto esa idea. Siempre he sido de los que creen que en tanto exista el muro entre los ricos y los pobres, en tanto exista el muro entre los que acceden a la educación y los que se quedan marginados de ella, en tanto exista el muro entre el que tiene acceso a la salud y el que tiene que hacer cola para obtener por respuesta sólo un número, en tanto existan los muros que hacen de nuestros países sociedades en donde unos son modernos y otros están en el atraso, en tanto existan esos muros la hora del socialismo está aquí.

Porque existen esos muros en nuestro país es que, aquí y ahora, tenemos que levantar nuestra propuesta, dentro de la Concertación y para ella. Nadie puede ver en este deseo nuestro un afán de camino propio. Es el afán de ser fieles a lo que somos, a nuestra historia, a nuestros héroes y a nuestros valores. Con madurez y comprensión hemos sido capaces de crear la Concertación, la más amplia coalición política que ha dado gobierno a Chile. Por cierto que esa coalición seguirá gobernando a Chile. Lo importante es que dentro de ella seamos también capaces de abrir un espacio para nuestro pensamiento y nuestra acción.

Al adoptar esas decisiones que la realidad nos hará enfrentar, no lo hagamos de manera miope, fijando nuestra atención en los posibles beneficios inmediatos y de corto plazo, comportamiento propio de quienes hacen **pequeña política**.

Tengamos siempre presentes esos ideales, que son el espíritu que insufla la acción de quien hace **gran política**, y que constituyen esa savia de la que nos hemos nutrido a lo largo de nuestra historia, savia que nos ha permitido resistir con dignidad en los momentos más negros y que será la que nos proporcione la fuerza que necesitamos para creer en nosotros mismos, para proyectarnos hacia el futuro, para construir el país de justicia, libertad, equidad y oportunidad por el que jamás dejaremos de luchar.

Ricardo Lagos

Diciembre de 1992.